

**FERNANDO
BELZUNCE**

PERIODISTAS EN TIEMPOS DE OSCURIDAD

**El compromiso
inquebrantable
con la verdad
en la era de la
desinformación**

Svetlana Alexiévich (Bielorrusia)

Martin Baron (Estados Unidos)

Sergio Ramírez (Nicaragua)

Carole Cadwalladr (Reino Unido)

Patricia Campos Mello (Brasil)

Zaffar Abbas (Pakistán)

y cien más

Ariel

FERNANDO
BELZUNCE

PERIODISTAS EN TIEMPOS DE OSCURIDAD

El compromiso
inquebrantable
con la verdad
en la era de la
desinformación

Svetlana Alexiévich (Bielorrusia)
Martin Baron (Estados Unidos)
Sergio Ramírez (Nicaragua)
Carole Cadwalladr (Reino Unido)
Patricia Campos Mello (Brasil)
Zaffar Abbas (Pakistán)
y cien más

Ariel

ÍNDICE

Prólogo de Sergio Ramírez	9
Introducción de Fernando Belzunce	13
 Apertura: <i>Estos tiempos son oscuros</i> , Svetlana Alexiévich	 19
La promesa	27
El compromiso	65
El sentido	121
Periodismo y democracia	171
Internet y los sueños rotos	215
El negocio y la IA	251
El ataque global	291
La polarización	345
Respuestas esenciales	369
Visiones privilegiadas	411
Clausura: <i>Es el momento más importante para hacer periodismo</i> , Martín Baron	 445
 Agradecimientos y disculpas	 455
Notas bibliográficas	459

Estos tiempos son oscuros

Cuando tenía cuatro años ya decía que quería ser escritora. De niña, un poco más mayor, escribía poesías cortas y mis familiares siempre se reían de mí porque no cesaba. Repetían, porque les hacía gracia, una frase que solía decir: «Seré escritora». Cuando me entregaron el Premio Nobel, sentí una profunda tristeza por el hecho de que mis padres no estuvieran vivos para presenciarlo. Me habría encantado que lo vieran, que hubieran hecho bromas con esa misma frase que tanto decía de niña: «Seré escritora». Sentí mucha pena.

Ese episodio infantil es una anécdota, claro, pero si hablamos en serio, tengo que decirle que creo que un escritor de verdad nace con la sensación de camino marcado. He vivido toda mi infancia y juventud —bueno, no toda, pero sí esos años decisivos— en una zona rural. Mis padres eran maestros en la escuela del pueblo. En este periodo temprano me marcaron mucho las conversaciones, los relatos que se comunicaban unas a otras las mujeres jóvenes, o maduras, sentadas en los bancos pegados a las casas. Aquellas conversaciones eran incluso más interesantes que los libros. Teníamos una cantidad tremenda de libros en nuestra casa y me encantaba leer, pero aquellas conversaciones eran fascinantes.

Creo que soy medio escritora y medio periodista. Nunca me he despedido por completo de mi perfil periodístico. De hecho, mi padre era periodista. Solo en un momento dado de su carrera profesional decidió ser maestro, siguiendo una tradición familiar de cuatro generaciones. Era algo que llevaba dentro lo que le convenció para aceptar este puesto. Por eso nos trasladamos a la zona rural. Cuando me gradué en la escuela no tenía ninguna duda, ya sabía que iba a ingresar en una facultad de Periodismo.

Así que, en definitiva, tenía, por un lado, a mi padre y, por otro lado, a esas mujeres que yo escuchaba y que me marcaron tanto. Eran como el compás que siempre resonaba en mi mente y en mi ser cuando escribía.

Trabajé como periodista, sí. Primero unos cinco o seis años en un periódico y luego pasé a una revista. Pero me sentía como una rata en una ratonera, me faltaba espacio. En lo que se supone que era el periodismo soviético, no me sentía libre, sino encerrada. Lo que me interesaba a mí no era relevante para el periódico donde trabajaba. Lo sabemos todos nosotros. Lo que estamos leyendo en un periódico tiene un nivel muy superficial. A mí muy pronto me empezó a interesar la realidad con la que me encontraba a un nivel muy distinto.

Lo que me atraía era el ser humano, no tanto en su dimensión social, superficial, sino el ser humano en toda su profundidad, en su contenido animal, en su oscuridad, en lo que de alguna manera ha reflejado Dostoyevski en sus libros. Me interesaban, como dijo un escritor soviético —ahora no recuerdo cuál—, las entrañas del ser humano.

Esta manera coral de abordar las historias podría responder a que aprendía más hablando con personas que leyendo libros. Puede ser, sí. Lo que encontraba en los libros era insuficiente. Tenía la sensación de que el ser humano siempre ha sido mucho más amplio. Tiene más volumen, más posibilidades de las que suele mostrar la literatura. La guerra, por ejemplo, no es solamente un conflicto armado. Hay un añadido más importante que procede del ser humano como tal.

De hecho, debo decir que en la literatura rusa existía no tanto una tradición, sino incursiones en este tipo de género. Por ejemplo, durante los años de la Primera Guerra Mundial, hubo una enfermera procedente de una familia aristocrática que registraba en un cuaderno lo que le relataban los enfermos en los hospitales. Su apellido era Sidorchenko. Era su posición, digamos, aristocrática, lo que le empujaba a hablar con la gente más sencilla, en un intento por descubrir la vida y llenar los vacíos en su percepción del mundo.

Y luego están Alés Adamóvich, a quien considero mi maestro de letras, y Daniil Granin, otro escritor. Los dos trabajaban en este campo: el de registrar la memoria oral. Adamóvich decía que lo

que la gente te cuenta es megaliteratura, hiperliteratura. Que, de alguna manera, ese tipo de literatura está por encima de lo que tú puedes crear como escritor. Incluso Tolstói, en sus diarios, escribió que, tarde o temprano, los escritores debían tener en cuenta esa realidad viva al crear los argumentos de sus novelas, porque la vida está por encima de cualquier invención. Es superior.

No sé muy bien cómo logro ganarme la confianza de estas personas. Me cuesta explicarlo, pero tal vez esto fue la herencia de mi padre. Él, por muy director de escuela que fuese —una posición muy respetada en las zonas rurales—, era capaz de pararse en mitad de la calle para ayudar a una anciana a llevar a casa un cubo con agua, y no parar de hablar con ella durante dos horas: de lo humano, de lo divino, de lo vivido... Era capaz de entrar en su vida de esta manera. Veía lo mismo, por ejemplo, cuando visitaba a mi abuela, que vivía en una aldea en Ucrania. En aquel lugar la gente se sentaba y hablaba. Hablaba de cosas dolorosas, de desastres, de sucesos que les remitían a Dios. Compartían todo lo que les había ocurrido. Eran unos relatos muy impactantes, unas vivencias muy profundas. Yo quedaba inmersa en sus testimonios.

Por supuesto, al comenzar un trabajo tengo una idea preconcebida y luego la modifico. Siempre tengo una idea inicial. Lo que ocurre es que, al ir de una persona a otra, a veces esta idea se modifica y se hace más grande en todos los sentidos. Hace poco estuve relejendo mis libros para preparar una nueva edición en ruso. He llegado a la conclusión de que, actualmente, los haría de una manera muy diferente. Habría hecho otras preguntas y habría abordado otros temas. Porque, al igual que mis interlocutores, crezco y cambia mi visión del mundo, cambia también mi intención. Cambiarían los libros, sin duda.

No toda persona puede hablar. Cuando digo hablar no me refiero a una conversación rutinaria, de las que siguen el curso de la vida, sino a una expresión auténtica de un ser que reflexiona, que analiza. Alguien que se interroga sobre sí mismo, sobre lo que le rodea, etc. Una persona que piensa, que indaga en su interior. De cada diez personas, diría que, como mucho, hay dos con esa capacidad. La mayoría simplemente transita por la saga de la vida.

El periodismo parece haberse visto reducido por la tecnología. Coincido con usted. El periodismo actual tiene mucho margen

para innovar, y estoy completamente de acuerdo en que la técnica no es el problema. Recuerdo, hace muchísimos años, que me preguntaban por el tipo de grabadora que usaba, si traía las preguntas pregrabadas... Y no, nunca trabajé así. Yo voy a ver a una persona, que es tu vecino en el tiempo, y a hablar con ella. La cuestión es: ¿quién es el que hace la pregunta? ¿Hasta qué punto eres interesante para el otro? ¿Te lo has preguntado alguna vez? ¿Hasta qué punto eres capaz de indagar, adivinar o intuir algo sobre los misterios del tiempo, de la actualidad, del ser humano? En resúmenes cuentas: ¿quién eres tú?

Para mí, la aprobación más alta se producía cuando una persona, tras haber pasado con ella toda la jornada en su casa, me decía: «Por Dios, no era consciente de que sabía todas estas cosas. Jamás habría pensado que pudiera tener dentro estos pensamientos, estos sentimientos. Gracias a ti lo estoy sacando afuera. Los estaba revisando, y estaban tan profundamente enterrados en mí ser que nunca habían aflorado».

De hecho, mi trabajo, ya sea entendido como mi profesión o como vocación, consiste en rescatar el tiempo perdido, y no solo el que se pierde a través de los medios de comunicación, sino también el que desaprovecha el propio ser humano.

El momento es muy importante, y el hecho de no preparar preguntas de antemano es clave. Porque no se trata de una entrevista, sino de una conversación, donde tiene que generarse un clima de confianza. Esa conversación tiene que arrastrarnos tanto a mí como a la persona con la que hablo; es lo que estimula la memoria y desata todas las bifurcaciones. Ahora estamos hablando de un tema y luego estamos hablando de otro. Conduce a otros niveles. No hay que forzar la conversación. Si insistes en las preguntas, lo arruinas: el clima se rompe de inmediato. Y entonces, le niegas a la persona la posibilidad de expresarse.

Para mí, nunca ha sido peligroso lograr que todas estas personas mostraran sus pensamientos. Sinceramente, no lo creo. La autocracia, la dictadura, son formas de poder muy primitivas. Hay un líder que manda sobre la variedad de voces y, evidentemente, de opiniones. No se contempla que exista una sola persona que piense de otra manera y, además, tenga voz. Quien lo hace, se convierte en una figura incómoda para el régimen. Ahí reside la causa de mi imposibilidad de volver a casa, a Bielorrusia.

Ahora estoy trabajando en un libro que tratará el tema de la revolución en Bielorrusia y la guerra de Rusia contra Ucrania. En su momento, escribí sobre el ocaso del hombre soviético. ¿Ha leído ese libro? Pensé que aquel hombre soviético había desaparecido, pero me equivoqué. Todavía existe y ahora ha vuelto a empuñar las armas en Ucrania. Por eso tengo que continuar con mi labor y estoy preparando este nuevo libro.

Para mí es muy importante el periodismo, sobre todo ahora, en estos tiempos oscuros, donde parece que las sociedades democráticas retroceden. Creo que los periodistas son los que luchan y salvan la democracia. Su propósito de escribir este libro es muy importante.

SVETLANA ALEXIÉVICH

LA PROMESA

Nwabisa Makunga (Sudáfrica)

Alessandra Galloni (Italia)

Angélica Cárcamo (El Salvador)

Pamella Sittoni (Kenia)

Roberto Dias (Brasil)

Fatemah Farag (Egipto)

Gustavo Villarrubia (España)

Óscar Villasante (España)

Pepa Bueno (España)

Julián Quirós (España)

Wahida Faizi (Afganistán)

Rosa Hilda Rivas (El Salvador)

Cristian Alarcón (Chile-Argentina)

La curiosidad, la aventura, la afición a leer y a escribir, la fascinación por la televisión o por la radio, la defensa de unos ideales o el esbozo de una vida alejada del aburrimiento son motivos habituales para quienes se inician en el periodismo. También influye la promesa de la imagen que uno trata de proyectar en el futuro. En esta sección, voces de distintas latitudes comparten el origen de su pasión. A veces los motivos que te llevan a elegir este camino no son los mismos que te impulsan a continuarlo.

Sin un periodismo creíble, la democracia sudafricana no sobreviviría

Era muy joven, apenas una adolescente, y no entendía realmente lo que estaba pasando. Pero viendo ese funeral y, sobre todo, la forma en que la emisora contaba la historia de este hombre, se despertó algo en mí. No fue tanto por el hombre en sí —evidentemente, muy importante—, sino por el trabajo que realizaba la emisora, que era muy bueno. Me impactó. Me pareció un trabajo trascendental, muy necesario. Recuerdo que fue casi la primera vez que interactué con una pieza periodística gracias a la televisión en directo. Pensé por primera vez que de mayor me gustaría trabajar ejerciendo una labor tan decisiva para la vida de las personas. Lo sentí así. No tenía claro si me gustaría trabajar necesariamente en televisión, pero sí dedicarme a la narración, de una u otra forma. En ese momento ni siquiera lo identifiqué como periodismo, porque no sabía bien qué era. Simplemente, pensé que me gustaría contar una historia tal y como lo hacía aquel periodista. Me cautivó y me pareció que transmitía la importancia de lo que había ocurrido de una manera muy meritoria y responsable. Me pareció que ese propósito era relevante. El trabajo de ese señor era vital.

Ese fue, por así decirlo, el comienzo de la chispa inicial de mi interés. A medida que pasaron los años descubrí también que me gustaba escribir. Y creo que fue solo cuando tuve que ir a la universidad que descubrí que había una cosa llamada periodismo. ¿No te pasó algo parecido? El periodismo no es tan fácil de explicar cuando eres adolescente. Así es como me enamoré real-

mente de este oficio. Sin un periodismo creíble, la democracia sudafricana no sobreviviría. Es uno de los pilares más importantes de la democracia sudafricana, porque la democracia en sí misma depende de la transparencia. Y lo que hace el periodismo es aportar el tipo de transparencia que necesitamos para poder mantener nuestra democracia.

Creo que es una labor profundamente honorable. Es un trabajo que me tomo muy en serio. Al principio pensé que no sería tan difícil como lo es ahora. No esperaba que las plataformas hicieran lo que están haciendo en nuestros días. No esperaba estas campañas de desinformación, desde luego. Nadie te enseña sobre eso. Nosotros, como periodistas, no hablamos de periodismo lo suficiente como para explicárselo a la sociedad. Somos conformistas y queremos que la obra hable por sí sola. Pero la realidad es que competimos con personas que son antidemocráticas y contrarias a la transparencia. Y lo que hacen esas personas es utilizar determinadas redes sociales para desacreditar el propio arte del periodismo. Narrativas como las que ha popularizado Trump, como que el periodismo es el enemigo del pueblo, son absolutamente falsas. Y la gente les cree. Y creo que no hacemos lo suficiente para explicarle a la gente que por eso hacemos lo que hacemos, en beneficio de la democracia y, en última instancia, de las personas. No hablamos lo suficiente de ello. Tenemos que explicarlo.

Es extraño, porque en sus inicios internet era algo abstracto que no tenía nada que ver con el periodismo. No lo concebíamos como parte del oficio. No veías a las plataformas, que por entonces comenzaban a crecer en Sudáfrica, como una oportunidad hasta que nos dimos cuenta del poder que tenía internet para narrar historias. Y luego empezamos a pensar en cómo usar esto para contar realmente las historias. Me emociono cuando hablamos de cómo ser creativos, cómo innovar y contar mejor nuestras historias. Este es el mejor medio de transporte para la creatividad.

En *Sowetan* hicimos una cobertura muy buena. Sudáfrica lucha desde hace muchos años contra la crisis energética. Simplemente, no tenemos suficiente energía, así que se organizan apagones continuos bajo un programa denominado «reducción de carga». Son apagones programados que provocan una agenda un poco caótica, aunque esté organizada. Puedes imaginar lo que eso causaba a

nuestras comunidades y a nuestra economía. Nada era capaz de funcionar cuando los apagones eran continuos.

Contactamos con cien pequeñas empresas durante poco más de una semana. Les pedimos que compartieran sus historias, porque queríamos saber cómo les afectaban los altos precios de la energía y los apagones. Sus historias eran desgarradoras: no solo estaban perdiendo ingresos, sino que algunas personas habían perdido sus empleos. Publicamos algunas de las historias en el interior de nuestra publicación, y en la portada decidimos enumerar únicamente las cien empresas. Era una página en blanco, cubierta solo con sus nombres: nombre tras nombre de negocios afectados. En la parte superior de la portada, centrado, incluimos un mensaje dirigido al Gobierno, denunciando cómo su incapacidad para solucionar la crisis energética había llevado a la ruina a tantas empresas. La publicación fue justo antes de que nuestro presidente tuviera que viajar a la reunión anual del Foro Económico Mundial. El presidente canceló su viaje.

Ese artículo periodístico tuvo impacto nacional, salió en el norte de África, en la CNN. La forma en la que el Gobierno respondió reveló el impacto. Se nombró un ministro de Electricidad y, de repente, tuvo lugar un cambio total en la forma de hacer frente a toda esta crisis. Ese es el poder de contar historias y de poner a las personas en el centro. Este es un caso del que realmente estamos orgullosos.

Hace aproximadamente diez años, en Sudáfrica se dio un fenómeno llamado «captura estatal». Consiste básicamente en que los empresarios utilizan a los políticos para apropiarse del Estado. Ha sucedido en más países. En Sudáfrica, casi todo el Estado fue capturado por la familia Gupta, una familia india que emigró a Sudáfrica a principios de los noventa y que influyó de manera muy estrecha en el presidente Jacob Zuma, de modo que formaron una especie de Gobierno en la sombra. Un grupo de periodistas de diferentes publicaciones trabajó durante meses en una investigación que reveló, con todo tipo de detalles, lo que había estado sucediendo durante años y que nadie quería enfrentar.* Expusieron la magnitud de lo que ocurría hasta un punto en que

* Branko Brkic se refiere a esa investigación, llamada «Gupta Leaks», en la p. 265.

el presidente del país tuvo que dimitir. Ese hombre había vendido nuestro país a esta poderosa familia, y fue el trabajo de esos periodistas lo que permitió dismantelar aquella corrupción. Quiero decir, la Policía no podía hacer nada, y tampoco los inspectores de Hacienda. Fueron únicamente esos periodistas. Me acuerdo de cuatro o cinco, pero de muchos de ellos, muy involucrados en este trabajo, no recuerdo ni el nombre, pese a que probablemente hayan realizado el trabajo más importante para la democracia sudafricana en los últimos tiempos. Ese sentido de trascendencia es el que percibí de niña y lo que me cautivó para siempre.

NWABISA MAKUNGA,
editora de *The Sowetan*. Sudáfrica

Me enamoré del potencial

Estudié Economía Política en la Universidad de Harvard y también estudié en la London School of Economics, dos de los centros más prestigiosos del mundo. ¿Por qué no elegí una profesión a priori más lucrativa? La verdad es que nunca he querido hacer nada más que esto. Creo que ya lo tuve así de claro alrededor de los 13 años. Me encantaba escribir y participaba en el periódico de mi instituto en Queens, Nueva York. Luego, comprendí la importancia, el poder y la responsabilidad de los periodistas. Me enamoré del potencial que tienen para marcar la diferencia para otras personas. Eso es embriagador. Participé en *The Harvard Crimson*, el periódico de la universidad. Me gradué un sábado y empecé a trabajar un lunes. Este es uno de esos oficios en el que todos los días te das cuenta del impacto que puedes tener y, cuanto mayor es ese impacto, más comprendes el alcance de lo que puedes hacer. Espero inculcar eso a los demás.

Siempre soy optimista. Creo que el periodismo tiene un futuro brillante y próspero. La pandemia y la guerra han hecho que muchas personas tomen conciencia de la importancia de contar con información de confianza.

ALESSANDRA GALLONI,
directora global de Reuters. Londres

Esta profesión es un privilegio

Es una labor muy noble. Yo vengo de muy abajo, de una zona urbana del interior de El Salvador que estuvo muy asediada por las pandillas. Los domingos, venía con el periódico una versión infantil que me encantaba. Me ponía a simular, a leer las noticias con un peine, como haciendo de reportera o de presentadora. Siempre me llamó la atención y, a medida que fui creciendo, me parecía que contar las cosas que ocurren, los temas de interés, era una forma de aportar a la sociedad.

Cuando empecé a colaborar en los medios comunitarios reforcé eso que quería estudiar. Esta no es una profesión que te vaya a dar dinero, pero es una profesión que te genera mucha satisfacción.

Siento que poder dedicarme al periodismo es un privilegio. Las redes comunitarias me permitieron entrar a un mundo de formación, de organización y de intercambio con otros actores. Gracias a ellas, he podido llegar a donde estoy. Y creo que también ese trabajo que realizo actualmente, como directora de la Red Centroamericana de Periodistas y presidenta de la Asociación de Periodistas de El Salvador, es periodismo. Desde la defensa del periodismo también puedo apoyar a que otras personas, otros jóvenes, accedan a esas mismas oportunidades. Es como regresar a lo que en algún momento se me dio.

ANGÉLICA CÁRCAMO,
directora de la Red Centroamericana
de Periodistas. El Salvador

Lo que hago crea el bien público

Tengo que ser muy sincera. Entré en el periodismo porque simplemente pensé que era una carrera muy interesante. Era muy joven, naturalmente, y no tenía las ideas tan claras. Me gustaba mucho escribir, me gustaba mucho leer, y sabía que en esta profesión podría hacer esas dos cosas. Eso fue, básicamente, lo que me empujó. Cuando empecé mi trayectoria, no tenía esa gran vocación de crear un cambio en la sociedad. Fue al sumergirme de lleno en este trabajo cuando lo descubrí. Porque escribes una his-

toria y, al día siguiente, hay reacciones, y ves el impacto de tu trabajo. Me doy cuenta de que es una profesión muy poderosa, pero también que requiere que seas muy consciente del poder que tienes. Porque, si te equivocas, todo puede salir muy mal. La responsabilidad también es bastante pesada. Así que ahora, si me preguntas por qué soy periodista, te lo diré: porque creo que lo que hago contribuye al bien público.

PAMELLA SITTONI,
directora ejecutiva del *Daily Nation*
(Nation Media Group). Kenia

Quería cubrir a Brasil en la final del Mundial

Yo vivía en Mato Grosso, en medio del país. Soy de São Paulo, pero crecí allí. En los ochenta, aquello era tierra de nadie. El periódico impreso llegaba al día siguiente, a las dos de la tarde. Yo iba a buscarlo y lo leía entero; me encantaba. Empecé a interesarme por la producción y, desde muy temprano, supe lo que quería hacer. Obviamente, tenía unos valores claros, ya entonces veía el periodismo como un servicio importante para la sociedad. Y además me gustaban mucho los deportes y quería dedicarme al periodismo deportivo. Quería cubrir a Brasil en la final del Mundial, así que decidí hacer la carrera para lograrlo.

ROBERTO DIAS,
director adjunto de *Folha de São Paulo*. Brasil

Quería cambiar el mundo

Vengo de un entorno un poco activista, por lo que el periodismo realmente respondía a mis intereses y preocupaciones personales. Era una forma de conectar con las personas a través de los temas que eran importantes para ellas.

¿Que si quería dedicarme al periodismo para cambiar el mundo? Cuando la gente dice eso nos reímos. Pero hay muchos periodistas que conozco que lo han sentido así y, para mí, es la verdad. Esa es

una de las razones por las que eliges este trabajo. Cuando te das cuenta por primera vez de que hay tantas limitaciones en tu capacidad para hacerlo se convierte en un problema. Esta idea de cambiar el mundo se hizo cada vez más difícil de decir con convicción.

FATEMAH FARAG,
directora de Welad Elbalad Media Services. Egipto

El periodismo te lleva de un lado a otro

Empecé haciendo fotografías para un periódico en Zaragoza llamado *El Día*. Me contrataron para cubrir la fiesta del Pilar para hacer fotos de corridas de toros. Pasé todas las fiestas tomando imágenes y me fue bastante bien. A partir de entonces, el periódico comenzó a darme trabajo los fines de semana para cubrir fútbol en La Romareda, además de corridas de toros.

Después tuve un viaje a Brasil que fue determinante. Me habían invitado a una boda: se casaba un amigo español con una brasileña. En la mesa me tocó sentarme al lado de un periodista, editor de *Folha de São Paulo*.^{*} Tuvimos una conversación muy amena, porque le conté que era fotógrafo, y si te dedicas al periodismo, sea en la posición que sea, la conversación surge siempre con mucha fuerza. De repente, me preguntó si podría reemplazar a un reportero gráfico de su periódico que estaba de vacaciones. A mí, como a tantos de mis colegas, siempre me ha gustado la aventura. Me lancé y le dije que sí. Y fue increíble. Comencé a hacer cobertura policial en São Paulo, que es una ciudad increíble. En esa época, los reporteros esperábamos en la comisaría con las cámaras de fotos. Cuando pasaba algo, los agentes nos daban una señal e íbamos a la escena con los coches policiales. Era muy importante poder tener ese acceso. Tuve la suerte de conocer al capitán, el jefe de una estación policial, porque ambos compartíamos la afición por el ajedrez. Se me daba bien y, además, congeniamos rápidamente. Siempre que podía,

^{*} El director de *Folha de São Paulo*, Sérgio Dávila, interviene en las pp. 350-352; el director adjunto, Roberto Dias, en la p. 34; la reportera, Patricia Campos Mello, en las pp. 302-305.

en lugar de estar en la sala de prensa, iba a jugar al ajedrez con él. Me permitió tener acceso a sucesos muy importantes porque me avisaba cuándo merecía la pena ir, cuándo debía esperar... me daba pistas. Me brindó un trato preferencial. Estuve en Brasil dos años.

Desde Brasil conseguí un trabajo en Portugal, que me acercaba a España. Era para RTP. Nada más llegar, lo primero que hicieron fue mandarme a la India para realizar un reportaje. Cuando llegué allí aquello me impactó. Al final decidí quedarme en el país y renuncié al puesto inicial. Comencé a trabajar como reportero gráfico, tomando fotos y escribiendo artículos. Ahí fue cuando empecé a trabajar en televisión para CNN y continué en ese campo. Esos fueron los inicios. El periodismo, la vida, te llevan de un lado a otro.

GUSTAVO VILLARRUBIA,
reportero internacional. Zaragoza

Colombia era muy peligrosa, por eso queríamos ir

Estábamos en primero de carrera en la Universidad del País Vasco. Yo tenía 17 años, porque soy de diciembre, así que era el pequeño del grupo. Nos juntamos en la cafetería cinco compañeros de clase, cinco amigos, e hicimos un juramento: «¿A qué hemos venido aquí? Hemos venido a vivir aventuras, ¿no?». Esto sucedía alrededor de 1984.

De chaval, había ganado un premio de redacción en el concurso de Coca-Cola que se hacía en los colegios. Gané en mi colegio y quedé segundo de la provincia, Vizcaya. El diploma se entregaba en el Teatro Campos de Bilbao y me lo dio el periodista Miguel de la Quadra-Salcedo, que acababa de regresar de la marcha de Eritrea, en la guerra. Había perdido treinta y pico kilos y estaba delgadísimo, con barba. Este hombre fue un aventurero impresionante, con viajes por muchísimos países lejanos. Entre otras cosas, fue campeón de España de lanzamiento de jabalina y obtuvo un récord mundial que no le homologaron porque tenía una técnica peculiar. Era un mito. Yo tenía 12 o 13 años y que él me entregara ese diploma me pareció increíble. En ese momento, pensé que quería ser como él.

El caso es que allí estábamos los cinco, en la cafetería de la Universidad. Dijimos que cuando acabáramos la carrera íbamos a recorrer el mundo y a hacer reportajes.

De esos cinco amigos, finalmente solo dos cumplimos ese sueño. El resto se acabó dedicando a otras cosas. Uno a la política, otro se hizo funcionario...

Pudimos hacerlo porque ganamos bastante dinero durante los dos últimos años de la carrera de Periodismo. Me levantaba a las cuatro de la mañana para repartir el pan y por las tardes estudiaba la carrera, igual que mi amigo. Con ese dinero decidimos ir a Sudamérica, porque ahí había lío: era la aventura y ya está.

Y nos fuimos. Primero a Panamá, con la idea de movernos a otros países, como Cuba y Costa Rica, donde también estuvimos. Pero nuestro primer objetivo era Colombia. Colombia era el destino, por así decirlo. Pensábamos que, desde Panamá, el acceso no sería muy complicado. Sin embargo, nos enteramos allí de que no se podía llegar por carretera porque había que atravesar toda la selva del Darién. Éramos muy inocentes a esa edad. Viajábamos sin demasiada planificación, simplemente dejándonos llevar. Fue bárbaro, pero fue muy divertido.

Una vez en Panamá, trabajamos durante una semana en *La Estrella de Panamá*, un periódico que tenía también un canal de televisión. Nos daban un sobre con dólares todas las semanas porque ahí se pagaba en metálico. Y fue toda una experiencia. Nos apodaban «doctorcitos» y les caíamos simpáticos. Les gustaba mucho cómo escribíamos porque no teníamos americanismos, nuestro estilo les llamaba la atención. Querían que nos quedásemos con ellos, pero decidimos marcharnos porque nos pedían sobre todo guiones para su canal de televisión, y a mí ese trabajo no me entusiasmaba. Yo tenía muy claro que quería escribir sobre la guerrilla colombiana, hacer reportajes valientes, y mi amigo también. A él, más que escribir, le gustaban mucho las cámaras, grabar y buscar imágenes potentes. Queríamos lío, y por eso nuestro destino era Colombia.

Un año antes, más o menos, en Colombia había tenido lugar la erupción del volcán Nevado del Ruiz, donde murieron 25.000 personas. Fue cuando murió Omayra Sánchez, la niña que quedó atrapada y a la que no pudieron salvar. Todos la vimos en televisión. En Colombia pasaban muchas cosas; había noticias muy

importantes todos los días, porque todos los días había tiros. Las fotos de aquella época eran tremendas. Estaba la guerrilla, con sus distintos grupos armados, los narcotraficantes, una delincuencia brutal... Alquilar un sicario costaba 800 pesetas, apenas cinco euros; es decir, aquello era muy peligroso y, aunque pareciera mentira, precisamente por eso queríamos ir.

Bogotá era muy peligrosa. Vivíamos en un hostel lleno de cucarachas. Nos decían que tuviéramos mucho cuidado por las noches. El único apoyo real que teníamos era de Mikel Lejarza, director de Radio Euskadi, que nos acreditó como colaboradores. De ese modo, cubrimos las elecciones presidenciales de Colombia, aquellas en las que perdió Ingrid Betancourt y ganó Virgilio Barco. Recuerdo que Ana Cristina Navarro, la corresponsal de Televisión Española en Colombia, una periodista muy veterana, nos invitó a cenar en su casa. Una mujer espectacular. Me vio en la sede donde se coordinaban las elecciones con la tarjeta de acreditación de prensa y, claro, le llamé mucho la atención. Me preguntó: «Pero ¿tú qué haces aquí?». Le expliqué que en realidad habíamos ido a hacer reportajes de la guerrilla, pero que para sacar un dinerillo íbamos a cubrir aquellas elecciones. Nos llevó a su casa a cenar. ¡Qué pinta tendríamos! Éramos muy jóvenes.

El caso es que queríamos contactar con las FARC y hacer un reportaje en aquellos montes, junto a la guerrilla. Para lograr ese contacto, fuimos a hablar con la Unión Patriótica, entonces su brazo político. Lo hicimos en Cali. No se fiaban ni un pelo, y era comprensible: éramos dos críos, uno con una cámara y el otro con un bolígrafo y un cuaderno. No sabían quiénes éramos. Eso sí, les hacía gracia que fuéramos vascos, como si tuviéramos alguna relación con ETA y supiéramos algo de bombas. Nosotros ya les decíamos que, de eso, nada, pero aun así les hacía cierta gracia.

Una vez hecho el contacto, solo quedaba esperar y estar preparados. Nos alojábamos en un hotel en Cali y allí aguardábamos a que la guerrilla nos diera una señal. Un día, nos llamaron a las tres de la mañana y tuvimos que salir en cinco minutos por la puerta del hotel, con la mochila ya lista para el viaje. Nos recogieron en un coche y empezaron a circular por la ciudad. Nos dieron varias vueltas por allí y nos volvieron a dejar en la puerta del hotel. Ellos llamaban a eso «limpiarnos»; en otras palabras, comprobar que

no éramos una amenaza. No sabían si trabajábamos para el Ejército o vete a saber para quién. Porque entonces Colombia era una locura. Así estuvimos durante un tiempo. Nos levantaban a las tres, a las cuatro de la mañana, preparábamos la mochila con todo, nos metíamos en un coche con desconocidos, nos daban vueltas absurdas y volvíamos al hotel.

Hasta que un día hicimos el contacto de verdad. Dos chavalas, con la tez bastante blanca, por cierto, vinieron directas hacia nosotros. Nos advirtieron de que no habláramos, que no dijéramos ni una palabra. Fuimos con ellas y nos metieron en un piso franco con una familia. Allí estuvimos tres días. Hasta que se fiaron de que no nos seguía nadie y de que estábamos limpios.

Entonces ya decidieron subirnos al monte. La operación quedó a cargo de un comandante civil de la guerrilla. Alquilamos un coche en un pueblo y él condujo hasta el límite de aquellos caminos, hasta donde se podía ir en vehículo. A partir de ahí, todo fue a pie por el monte. Se nos unieron unos ocho guerrilleros más. Estuvimos caminando como quince o veinte días por los montes. Aquellos montes son increíbles. No te haces una idea. Pura selva. ¿El trayecto? Durísimo. Caminábamos horas y horas sin parar, a un ritmo muy duro. La naturaleza era brutal. Íbamos de marcha casi sin comer, y cuando comíamos, todo consistía en un arroz con hormigas horrible. Mi colega llevaba fatal el hambre porque no fumaba; yo sí, y eso me ayudaba a llevarlo mejor. Lo peor fue cuando empezamos a subir y alcanzamos una altura considerable: apareció lo que ellos llaman el soroche, el mal de altura, y con lo que pesaba la mochila y el ritmo al que iban esos tíos, yo no podía seguir. No me aclimaté bien. Uno de la guerrilla tuvo que llevarme la mochila los primeros días, hasta que ya me adapté. Fue un trayecto durísimo.

Nos enteramos tiempo después, ya a la vuelta, de que el tipo que nos había alquilado el coche había sido asesinado. Al parecer, fue muy indiscreto y contó que había subido a dos europeos al monte con un comandante de la guerrilla. Lo mataron los de las FARC. Todo era extremadamente peligroso. Nada de juegos.

No existía un campamento como tal, todo era itinerante. La foto que te enseñé, en la que salgo con tres guerrilleras, la sacamos como al quinto o sexto día. Había un claro en la selva, donde había una chabola —o un ranchito, como lo llamaban ellos—.

Recuerdo que ahí mataron una gallina y comimos un arroz que, esta vez, estaba ya bien: sin hormigas.

Era una guerrilla de campesinos. Algunos nunca habían visto una televisión. Nunca. Hubo anécdotas divertidas. Un contraste increíble. Las guerrilleras venían una tras otra a pedirme los productos que usaba para afeitarme. Pero también hubo episodios tremendos. Mataron a un hombre delante de nosotros. Lo pusieron de rodillas y le pegaron un tiro. Le acusaban, también, de ser un chivato. Fue estremecedor.

Estuvimos once días compartiendo vida con ellos. Al final, acabamos conociendo a todos los grupos de la guerrilla.

Cada uno tenía su nombre. Los de las FARC se llamaban entre ellos los fariseos; los del Ejército Popular de Liberación eran los epilépticos; los del Ejército de Liberación Nacional —los únicos que siguen en activo— eran los helenos, y los del M-19, que era la guerrilla urbana, los mecánicos. Esa era la jerga que se usaba para referirse a las cuatro guerrillas.

Tengo fotos con los cuatro grupos. Las hacíamos en algunos pisos franco. Los guerrilleros hablaban con nosotros y luego, para las fotos, se ponían la mascarilla y colocaban granadas y pistolas encima de la mesa. Así posaban para los comunicados. Tenían toda esa parafernalia, como hacía ETA. Nosotros, con 22 o 23 años, alucinábamos.

Tuvimos también nuestros conflictos éticos ya entonces. Ahí moría gente y había mucho sufrimiento. Para mí era muy importante mantener distancia y no cruzar ciertas líneas con ellos solo por conseguir buenas fotos.

Estuvimos unos dos meses en Colombia. Lo pasamos muy mal y muy bien a la vez. Pasamos mucho miedo. Muchísimo. Pero también preparamos numerosos reportajes. Hasta que se nos acabó el dinero y volvimos a Bilbao.

Con todo el material que habíamos recopilado, hice algunas crónicas radiofónicas y un día decidí llamar por teléfono a *El Correo* y probar suerte. Le dije a la telefonista que tenía reportajes de Colombia, me pasó con la sección de Internacional. Así funcionaba entonces. Cogió la llamada Juan López Redondo, el subdirector, y le conté la experiencia. Él me dijo: «Venga usted por la tarde». Y me presenté ahí con mis carpetitas y con las hojas escritas en una Olivetti. Me los publicaron y, por cierto, me los pagaron

muy bien. Recuerdo que también hice una historia de la política colombiana, centrada en Virgilio Barco. Llegué a publicar media docena de trabajos. López Redondo me dijo: «Ahora no tenemos trabajo, pero si sale alguna oportunidad, te llamaremos».

Unas semanas después, la llamada llegó. En aquel entonces no había móviles, claro. Cogía tu madre el teléfono de casa. Y recuerdo escucharla: «Oye, que te han llamado de *El Correo* y dicen que llames a este número». Llamé, me preguntaron si podía ir, y allá que fui de nuevo. Tú llegaste a conocer aquel edificio. Creía que iba a empezar mi carrera de periodista y resulta que, en vez de entrar en la segunda planta, que era donde estaba la redacción, me mandaron a la tercera, que era la de administración. Me recibió Víctor Viguri: «Me han dicho que estás un poco loco y que has hecho reportajes en Colombia», me soltó. Le dije que sí. «¿Qué puedo hacer ahora?», pregunté. «Pues mira, ahora vas a escribir publi-reportajes para mí», soltó. Así, tal cual. Después de todo aquel viaje, de semejante aventura, de todos esos reportajes... me mandaron hacer publireportajes.

ÓSCAR VILLASANTE,
director de *El Correo*. Bilbao

Aquellas prácticas fueron deslumbrantes

Yo quería ser periodista desde que tengo uso de razón. Soy la tercera de cuatro hermanas, todas con grandes melenas, así que en mi casa abundaban los cepillos redondos y los secadores. Mis hermanas mayores siempre dicen que, cuando tenía unos 11 años, ya estudiaba delante de un espejo, con un cepillo a modo de micrófono en la mano, contando la lección. Esa vocación ya estaba ahí. Cuando explicaba la lección de historia como si se la contara al mundo, quería ser periodista. Luego hubo un momento de duda. Se me cruzó el teatro. Pero cuando terminé la formación, ya no tenía ninguna. Sabía en qué carrera matricularme. Creo que todo se explica por la curiosidad. Como en tantos periodistas, ¿verdad?

Mi base cultural eran los libros de mi hermana mayor. Había muchísima literatura francesa en mi casa y yo leía. Aquello me ponía en contacto con el mundo. Era como abrir una ventana. Cuando rondaba los 14 o 15 años, me parecía que el periodismo

no solo era el oficio que permitía saber lo que pasaba, sino estar donde pasaban las cosas. Creo que eso es lo que explica una vocación tan temprana, tan insospechada, en un entorno donde no había periodistas. Pensaba en el periodismo como la profesión que me iba a permitir vivir eso que leía en los libros de mi hermana. Yo quería vivir la pasión de mi tiempo. Eso, para mí, era ser corresponsal en todas las guerras y vivirlo todo. Mi motor fue siempre el deseo de ejercer un oficio que me permitiera estar en el lugar de los hechos, vivirlos y contarlos.

Crecí en Badajoz. En mi casa se leía el *Hoy*, que después pasó a ser un periódico de Vocento. Empecé a comprar *El País* después. Era muy jovencita. Fíjate que tenía entonces un noviete y, como teníamos el dinero justo, compartíamos una caña y el periódico. Yo ya no recordaba aquello, pero me lo recordó él muchos años después y ahora sí lo tengo presente.

Estudié la carrera en Madrid. La ciudad era en sí misma un proyecto. Como hacía teatro en el Centro Dramático Regional, ya había venido antes a hacer algún curso de teatro. Madrid formaba parte de mi vida. En mi familia, la incomprensión era total. Si les parecía mal el teatro, les parecía peor el periodismo. Mi padre era policía municipal y mi madre, ama de casa. Siempre se asustaron, y me doy cuenta de que debió ser muy difícil para ellos.

La facultad me decepcionó muchísimo. La tenía completamente mitificada por mi hermana mayor, que era profesora en un colegio. Venía de muchas lecturas, y allí el tiempo parecía pasar sin dejar huella. Tanto me decepcionó que, en el primer curso, decidí dejar la carrera.

Me empeñé, eso sí, en hacer prácticas en verano antes de abandonarla. Al menos quería conocer cómo se trabajaba. Iba a hacer prácticas en Televisión Española, en las instalaciones del Pirulí. Pero ese curso, en 1983, murió mi madre, y quise pasar el verano en Badajoz con mi padre y mi hermana pequeña, así que cambié de plan y solicité prácticas allí. Me admitieron en lo que era Radio Cadena, una de las emisoras públicas del Movimiento del franquismo que se mantuvieron en democracia hasta que se fusionó con Radio Nacional. Empecé esas prácticas y a los quince días llamé a mi amiga Marisol, que estaba en Madrid, y le dije: «Esto es lo que yo quiero hacer». Le pedí que me consiguiera los papeles para matricularme en segundo curso.